

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

guitarra, graves y extasiados como sacerdotes de un culto abolido, que se reunen en el silencio de la noche a recordar las glorias de otros días y a cantar llorando como los judíos *super fluminem Babiloniae*.

LA SEMANA SANTA EN TOLEDO

AL tratar de las solemnidades religiosas con que en estos días conmemora la Iglesia la pasión y muerte del Redentor del mundo, ocurren naturalmente los nombres de Toledo y Sevilla, ciudades ambas famosas, así en España como fuera de ella, por la magnificencia y el aparato que en sus templos y catedrales despliega el culto católico.

Algunos escritores, concretándose particularmente a las ceremonias y cofradías de la Semana Santa, han intentado hacer comparaciones entre las de una y otra ciudad; pero es lo cierto que, si bien en ellas puede hallarse un notabilísimo contraste, de ningún modo cabe la comparación: tan diverso es el espectáculo que ofrecen y el sello especial que las caracteriza.

Sevilla, población floreciente y próspera, en la cual el espíritu moderno ha llevado a cabo las más radicales transformaciones, imprime a

estas solemnidades un sello propio de animación, novedad y lujo, que inútilmente buscaremos en la vetusta capital de la monarquía goda. Sus célebres cofradías, más bien que la continuación de las tradiciones, son una restauración con todos los accidentes propios de este género de obras. Habiendo atravesado al par que las demás de España una larga época de decadencia, han salido de ella, merced, no tanto al fervor religioso que las dió vida como al espíritu de especulación y vanidad que las mantiene en el grado de esplendor en que se hallan. La Semana Santa de Toledo, con sus escasas y pobres cofradías, es, por decirlo así, la última palabra de la tradición, que, ya decadente, guarda, no obstante, en sus destrozados vestigios el carácter y color de la edad en que tuvo su origen.

Los que han tenido ocasión de visitar ambas ciudades en esta época del año y las han estudiado con alguna detención, no podrán menos de sentir y apreciar como nosotros el contraste que resulta de la aproximación de sus recuerdos.

Sevilla la llana, donde la primavera que se anticipa al calendario llena ya el aire de luz y perfumes, con su blanco caserío, sus celosías verdes, sus balcones enredados de ma-

dreselva y su cielo azul con un sol de fuego que derrama la claridad a mares; Sevilla la alegre y la bulliciosa, con su plaza Nueva, guarnecida de una guirnalda de naranjos en flor; la muchedumbre que se agita en su ámbito, y por entre la cual desfilan, al compás de las músicas, aquellos miles de elegantes y perfumados penitentes de todos hábitos y colores, blancos, negros, rojos y azules, repartiendo a las niñas dulces de sus canastillos y arrastrando luengas colas de terciopelo o de seda; las andas cubiertas de flores y de luces, las imágenes cargadas de oro y pedrería, los coros de ángeles engalanados de plumas, flecos y orope!, las cohortes romanas con airones de papagayo, armaduras de hoja de lata y calzas de punto color de carne como los saltimbanquis o los bailarines; todo, en fin, lo que en ella se agita y reluce y suena durante esos días clásicos, ofrece un conjunto en que se mezcla y confunde lo profano con lo religioso, de manera que tiene a intervalos el aspecto de una ceremonia grave o la vanidad de un espectáculo público con sus puntas y ribetes de bufonada.

El fondo que a estas ceremonias presta Toledo es, desde luego, muy distinto y de más propio carácter. Asentada sobre las escarpa-

das rocas que rodean el Tajo, retorciéndose entre peñascos y ruinas, envuelta aun en las opacas nieblas del invierno, o azotada por los vendavales, sus calles sombrías, tortuosas y empinadas, sus denegridos torreones, sus vetustos muros y las musgosas paredes, restos imponentes de iglesias derruidas o monasterios abandonados, dan una tinta melancólica y grave al severo cuadro que ofrece esta solemnidad. En el tránsito de sus cofradías rara vez se aglomera esa muchedumbre ruidosa e inquieta que acude a todo género de reuniones, más por lucir las galas y ver y ser vista, que llevadas de la curiosidad, la devoción o el entusiasmo. Las largas hileras de penitentes negros y los guardadores del sepulcro vestidos de hierro, pasan silenciosos con sus cruces, sus pendones y sus alabardas, deslizándose por entre los anchos salientes de sombra de los edificios como una procesión de gentes de otra edad evocados en la nuestra merced a un misterioso conjuro.

Desde que el camino de hierro ha puesto la ciudad imperial casi a las puertas de Madrid, aumenta de año en año y de una manera sensible el número de viajeros que acuden en esta época a presenciar las ceremonias y cofradías que han hecho célebre su

Semana Santa. No obstante, en otro país cualquiera sería este número mucho mayor, atendido que al interés que la solemnidad religiosa ofrece, se une el de visitar una población tan llena de recuerdos históricos y monumentos del arte, que no sin razón se ha llamado la Roma española.

Sirve, en efecto, de magnífico prólogo, y prepara convenientemente el ánimo a la representación del sublime drama el espectáculo de aquel montón de ruinas y monumentos en que se ve trazado a rasgos todo el gran período histórico que abarca el desarrollo de la idea cristiana. En derredor de los muros, y al través de las calles de Toledo, el arte nos va explicando la historia escrita por él en páginas de piedra, que hablan a un tiempo a la razón y al sentimiento.

Los vestigios del circo romano recuerdan los tiempos de los primeros mártires, cuya sangre fué la última a empapar la arena antes teñida con la impura de los gladiadores paganos y desde aquel punto santificada.

Una piedra colocada sobre la tierra removida, humilde sepultura de una virgen que murió por la fe de Cristo, sirvió más tarde de cimiento a la *Básilica de Santa Leocadia*, la cual, aunque con otra forma, con la mis-

ma advocación, permanece aún en pie desde los primeros siglos de la Iglesia, allí donde se elevaban fábricas suntuosas, de las que con dificultad se encuentra el rastro entre las ortigas y los cardos silvestres de la desolada llanura. Los muros de Wamba, la misma Basílica y los cíclopes cimientos de palacios derruidos, traen a la memoria el pasado esplendor de la monarquía goda. cuyos reyes, prelados y próceres echaron el cimiento en sus famosos concilios del código más perfecto de su época, patentizando así el poderoso influjo de la nueva idea que había convertido en grandes pueblos aquellas hordas semisalvajes, que después de hacer girones el imperio romano, se lo repartieron como un botín de guerra. Huellas de la sangrienta y porfiada batalla que durante siglos sostuvieron en nuestro país los soldados de la cruz y los sectarios de Mahoma se ven por todas partes. Aquí los templos en que al través de la dominación sarracena guardaron incólumes los muzárabes el sagrado depósito de la fe de sus mayores; allá mezquitas convertidas en iglesias católicas, y harenes moriscos transformados en austeros claustros; más lejos, monumentos que, como la puerta de Valmardon y el Cristo de la Luz, nos hablan de

la reconquista. Un sinnúmero de edificios, monasterios y fundaciones piadosas aparecen a los ojos del que conoce la historia de su fundación, como otros tantos arcos de triunfo que recuerdan un hecho heroico o una señalada victoria, descollando entre todos ellos el magnífico San Juan de los Reyes, erigido después del combate en que, como en un juicio de Dios, se decidió de la sucesión al trono de Castilla, y que con sus grillos y cadenas entrelazados en los sillares del ábside, pregnan los altos hechos de la recuperación de Ronda, Málaga y Granada. La Catedral, por último, prodigio del arte que cinco generaciones levantaron como testimonio del levantado espíritu que las animaba, de la medida de lo que es capaz un pueblo que espera y cree, y con la conciencia de su inmortalidad emprende obras que aspira a hacer eternas, realizando las palabras del Evangelio: «La fe hace andar las montañas.»

Los viajeros que acuden a Toledo durante la Semana Santa, visitan casi todos con infalible entusiasmo, aunque pocos con verdadero provecho, los puntos más notables de la población, viéndose es cruzar en grupos por sus calles, hasta que llegada la hora prefijada, buscan sitio a propósito para ver desfilas las

cofradías. Estas se reducen en la actualidad a dos, de las cuales una recorre la ciudad el Jueves Santo y la otra el Viernes. El dibujo publicado en las columnas de «El Museo», y cuyo título sirve de epígrafe a estas líneas, representa con gran esculpibilidad en los detalles, los cuales conservan el carácter extraño del original, el grupo de guerreros guardianes del Santo Sepulcro que acompañan a la segunda de las mencionadas cofradías. Después que han desfilado los penitentes, a quienes llama el vulgo *mariquitas negras*, y detrás de las andas sobre las que se ve representado por figuras de talla de regular mérito y tamaño natural el *Descendimiento de la cruz*, se ven los armados, que, en número de veintiséis, y revestidos de corazas, cascos y coseletes, forman una escuadra que precede, rodea y sigue a las andas donde José de Arimatea y Nicodemus sostienen la urna. De estos guerreros, cuyas magníficas armaduras pertenecen a diferentes épocas, aunque en su mayor parte son del siglo XVI, los unos llevan lanzas con enormes hierros, y los otros que hacen de jefes, estochos y rodelas; acompañan al capitán y al abanderado que lleva el estandarte arrastrando por el suelo en señal de luto, un niño que

viste una armadura milanesa grabada de oro y al cual llaman paje.

El viajero que conducido en el tren de Madrid cambia por completo de decoración en menos de tres horas, y se encuentra en el Zocodover con tan extraña procesión de figuras que parecen arrancadas de un tapiz antiguo, nada de particular tiene que la encuentre a go fuera de época, y pareciéndole poco menos que ridículos los penitentes con sus altas caperuzas negras, los rostros cubiertos por el antifaz y las inmensas colas tendidas por el suelo, los soldados de la escuadra que más bien que guerreros vestidos de sus arreos de batalla parecen, vistos a la luz del día, maniquís ambulantes que arrastran aún trabajosamente, y como por escarnio, las coloradas piezas de hierro de las arrinconadas armaduras de otra raza membruda y gigantesca. Hasta las imágenes de las andas pueden parecer a un purista en las artes, de un realismo tal, que casi degenera en lo grotesco. No lo extrañamos volvemos a repetir. Cuando se cambia súbitamente de atmósfera, el pulmón experimenta cierta fatiga, hasta acostumbrarse. La inteligencia vive en un medio intelectual que no puede tampoco cambiarse de improviso sin que experimente alguna

perturbación. Hoy, que tanto se habla de libertad de cultos y de iglesias nuevas con ritos más sencillos y severos; hoy, que casi todos miran adelante y casi ninguno vuelve la vista atrás de buena fe, no para retroceder por donde se ha venido, sino para saber a ciencia cierta, por la comparación de lo andado, en qué punto del camino se encuentra la sociedad española, al llegar del centro en que bullen y se agitan todas las nuevas ideas, cómo no ha de parecernos natural que asome a los labios una sonrisa de compasión ante el espectáculo que la vieja Toledo ofrece en estos días a la curiosidad de los viajeros empapados en el espíritu práctico y positivista de su siglo? Pero cruzad durante algunas horas por las revueltas calles de la población, hasta que, a pesar vuestro, os empapéis en la atmósfera de gravedad melancólica que hace respirar sus ruinas; aguardad a que el día comience a caer, a que las dentelladas crestas de las balaustradas ojivales de la Catedral se dibujen obscuras sobre el cielo del crepúsculo, y en la gótica torre suene el toque de oraciones en la colosal campana cuyo tañido truena y zumba como una voz apocalíptica, y ved esa misma procesión cuando de vuelta al templo cruza por una de las calles características de la

ciudad. Las sombras envuelven el fondo, el resplandor de las hachas arroja sobre los muros la fantástica silueta de los penitentes, cuyos pasos se sienten en el silencio con un rumor semejante al del agua que cae y resbala sobre las hojas: las imágenes de las andas se dibujan confusas y semejan gentes vivas que miran y ven con sus ojos de vidrio, causando la impresión de algo que, semejante a la visión del sueño, flota entre el mundo real y el imaginario: el Cristo del descenso se balancea suspendido en el aire, las ropas de los que la bajan se agitan al soplo del viento: la ilusión es completa. No se trata ya del arte puro que se eleva a las regiones de la estética y del idealismo, sino de otra cosa que va a herir profundamente las fibras de la multitud y a buscar en ellas la vibración del sentimiento con medios apropiados en genialidad y en carácter. Por último, se ve lanzar chispas de luz de las armaduras, y se oyen crugir los hierros al compás de los pasos. Aquellas armaduras estuvieron acaso en Granada, Italia y en Orán; bajo aquellos coseletes salieron corazones llenos de fe, de entusiasmo y de patriotismo. ¡Parece que los hombres que las ceñían han dejado el lecho de piedra donde duermen a la sombra de los

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

altares, para cruzar una vez más las estrechas calles de Toledo, donde aún podrían reconocer las portadas y los escudos de sus casas solariegas! La imaginación se remonta desde aquella apariencia de realidad al ancho espacio en que campea y domina como dueña y señora, y reconstruye todo el pasado y lo siente y lo admira en lo que tenía de admirable.

Considerada bajo este punto de vista la Semana Santa de Toledo, no admite parangón con ninguna otra.

## EL MONASTERIO DE VERUELA



LA fundación de este célebre monasterio, del cual ya hemos tenido ocasión de hablar, se debe al famoso príncipe de Aragón don Pedro Atarés, señor de Borja. Refieren las crónicas, y en la localidad se conserva aún la tradición de esta maravilla, que sorprendido el piadoso magnate por una horrible tormenta en las faldas del Moncayo y en lo más intrincado y espeso del monte, creyendo su hora llegada, se encomendó tan de veras a la Virgen, a quien profesaba tan particular devoción, que la Divina Señora, movida por sus ruegos, descendió a la tierra, calmó la tempestad, y después de significarle el deseo de que se erigiese allí un monasterio en memoria del milagro, desapareció, dejando, en el lugar que ocupaba, la santa imagen que le prestó nombre.

La fábrica, una de las más suntuosas e imponentes que se conservan de su época, co-

menzó a elevarse en 1146, quedando terminada en 1151. En su traza y disposición puede estudiarse uno de los monumentos que más interés ofrecen en la historia de las transiciones arquitectónicas. El templo, cuya portada es bizantina, ofrece en el interior más de un ejemplar del arco apuntado, y en el claustro que fué la parte que se concluyó últimamente, y que es un primero y rudo ensayo de estilo ojival, se notan muchos detalles y líneas que conservan el carácter del gusto románico, que empezaba a desaparecer.

Habitado por religiosos de la orden del Cister, una de las más ricas y que más monumentos han dejado en nuestro país de su inteligencia y buen gusto por las artes, el monasterio de Santa María de Veruela, creciendo de día en día en importancia, sufrió en épocas posteriores modificaciones muy notables, pudiéndose decir que cada siglo ha dejado en él una hermosa muestra de su arquitectura. Entre estas nuevas edificaciones, la que contribuyó a darle el extraño carácter entre religioso y guerrero que aún conserva, fué la que llevó a cabo el abad don Lope Marco, al cual se deben las altísimas y fuertes murallas que lo circundan, la magnífica

galería del gusto renacido, llamado *de los azulejos*, y algunas otras importantes obras que más tarde se completaron con la construcción del claustro nuevo, el palacio abacial y varias dependencias y oficinas.

La vista general del edificio, que hoy ofrecemos a nuestros lectores, da una idea de sus grandes proporciones y del carácter particular que ofrece la parte de fábrica construída en los siglos XVI y XVII. Los detalles del claustro antiguo, en donde se encuentran las tumbas de los hijos del fundador, y en cuyo suelo descansó largos años bajo una losa humilde el mismo don Pedro Atarés, dan a conocer la extraña mezcla del estilo ojival y el románico, cuya misteriosa fusión tenía lugar en los momentos en que comenzó a construirse.

Este artículo se publicó acompañado de un dibujo de Valeriano Becquer.

EL MONASTERIO DE VERUELA

(ENTERRAMIENTO DEL FUNDADOR Y SUS HIJOS)

AL ofrecer a mis lectores algunas vistas del monasterio de Veruela, célebre por su antigüedad y su magnificencia, en Aragón, donde se encuentran tantos otros edificios del mismo género, dignos del estudio y la admiración de los inteligentes, notamos que el famoso don Pedro Atarés, a quien se debe, dispuso al morir que sus restos fuesen colocados en una humilde sepultura, en el dintel de la puerta que da ingreso al templo desde el claustro.

En efecto: después de recorrer las extensas alas del claustro procesional, severa y sencilla muestra del arte gótico en su primer período, bañada en la media luz misteriosa que pasa al través de las piedras blancas y transparentes, que en vez de vidrio, cubren el vano de las ojivas de la luna, y contrastando, merced a su forma especial que recuerda el género a que pertenece la igle-

sia y a la ornamentación bizantina que engalana, con las descarnadas líneas de los pilares y los arcos apuntados que a ella conducen, se encuentra la puerta que da paso al Santuario, y en el dintel, una losa ancha y oscura, sin otra figura o inscripción que una espada toscamente labrada en el hueco. Esta losa, desgastada en parte y rota, cubre el enterramiento del poderoso príncipe que edificó a Santa María de Veruela, y fué tronco de la ilustre casa de los Borjas, tan célebre en la historia de nuestro país y la de Italia, a donde pasaron algunos de sus descendientes.

Cerca de la sepultura de don Pedro y en una fosa cubierta con una piedra no menos sencilla y humilde, fué enterrada su esposa, nobilísima dama que edificó a sus espensas la catedral de Tarazona; y más tarde, y a medida que fueron muriendo sus hijos, varones famosos en las armas, que peleando con don Jaime en Valencia, hicieron célebre el sobrenombre de los Borjas, con que les apellidaban en el ejército, vinieron a buscar su último asilo al lado de sus progenitores y a la sombra de las santas bóvedas del templo obra gigantesca de su familia, la cual, durante siglos, había de pregonar a las generaciones la piedad y munificencia de los que le

edificaron. En un ángulo del claustro se encuentran reunidas estas antiguas sepulturas, dignas de estudio por más de un concepto. Religiosamente conservadas durante la estancia de los monjes, guardaron intacto su sagrado depósito por espacio de muchos siglos, pero en nuestra época han sido violados más de una vez, esparciendo al aire las cenizas que contenían y deteriorándolas de una manera lastimosa.

Este artículo se publicó acompañado de un dibujo de Valeriano Becquer, compañero de su hermano en sus románticas peregrinaciones por la España desconocida.